



PRÓLOGO

LOS INVITADOS DE LA GRANDE ARMÉE

1811, Selva Negra, la Confederación del Rin

No era ningún misterio la razón por la que esa parte del campo había sido bautizada Selva Negra. Las hojas y la corteza anormalmente oscuras de los árboles eran casi imposibles de ver en la noche. A pesar de que una luna brillante se asomaba entre las nubes como un niño tímido, nadie podía asegurar qué era lo que merodeaba en el bosque espeso.

El frío permanecía suspendido en el aire como un velo

extendido entre los árboles. Era un bosque alejado y añejo; las raíces se hundían tan profundo en el suelo como las ramas que se extendían en lo alto hacia el cielo. De no haber sido por un sendero modesto que atravesaba el terreno, habría parecido que el bosque nunca había sido visto o tocado por humanos.

Un carruaje oscuro tirado por cuatro fuertes caballos atravesó a toda velocidad el bosque, como una bala de cañón. Un par de farolas bamboleantes iluminaban el sendero que estaba delante y hacían que el carruaje pareciera una enorme criatura de ojos resplandecientes. Dos soldados franceses de la Grande Armée de Napoleón cabalgaban junto al carruaje. Las capas negras cubrían el uniforme colorido de los soldados para que pudieran viajar encubiertos: el mundo nunca debería saber cuáles eran sus planes esa noche.

Pronto, el carruaje llegó al límite del río Rin, que se encontraba peligrosamente cerca de la frontera del Imperio Francés en constante expansión. Se estaba estableciendo un gran campamento: a cada momento, cientos de soldados franceses armaban montones de tiendas puntiagudas color beige.

Los dos soldados que seguían el carruaje desmontaron sus caballos y abrieron las puertas del vehículo. A los jalones, hicieron bajar a dos hombres. Tenían las manos amarradas detrás de la espalda y un saco negro sobre la cabeza. Gruñían y gritaban mensajes ahogados; también los habían amordazado.

Los soldados empujaron a los hombres hacia el centro del campamento y los hicieron ingresar a la tienda más grande. Incluso con el rostro cubierto, los hombres maniatados podían darse cuenta de que el interior de la tienda estaba muy iluminado y sentían una alfombra suave debajo de los pies.



Los soldados los obligaron a tomar asiento en dos sillas de madera que estaban más adentro de la tienda.

–*J'ai amené les frères* –oyeron que decía uno de los soldados a sus espaldas.

–*Merci, Capitaine* –respondió otra voz delante de ellos–.
Le général sera bientôt là.

Quitaron los sacos que cubrían los rostros de los hombres y se deshicieron de las mordazas que cubrían sus bocas. Una vez que sus ojos se adaptaron a la luz, vieron a un hombre alto y musculoso de pie, detrás de un gran escritorio de madera. Su postura era autoritaria y su expresión no era en absoluto amigable.

–Hola, hermanos Grimm –dijo el hombre alto con un acento pronunciado–. Soy el coronel Philippe Baton. Gracias por reunirse con nosotros esta noche.

Wilhelm y Jacob Grimm miraron al coronel. Tenían cortes y magullones, y su ropa estaba desordenada: era evidente que no había sido fácil llevarlos hasta allí.

–¿Acaso tuvimos otra opción? –preguntó Jacob, y escupió sangre sobre la alfombra.

–Confío en que ya están familiarizados con el capitán De Lange y el teniente Rembert –continuó el coronel Baton, refiriéndose a los soldados que los habían traído.

–*Familiarizados* no es la palabra que yo usaría –respondió Wilhelm.

–Tratamos de ser amables, coronel, pero ellos no cooperaban –le informó el capitán De Lange a su superior.

–Tuvimos que ser *agresivos* con nuestra invitación –explicó el teniente Rembert.

Los hermanos miraron alrededor de la tienda: estaba



decorada de un modo impecable por haber sido armada tan recientemente. Un reloj de péndulo marcaba las horas de la noche con un *tic-tac* en la esquina más alejada; unos brillantes candelabros dobles ardían en cada extremo de la entrada trasera de la tienda y un gran mapa de Europa estaba extendido sobre el escritorio de madera, con banderas francesas en miniatura que marcaban el territorio conquistado.

–¿Qué quieres de nosotros? –preguntó Jacob, luchando contra las cuerdas que amarraban sus manos.

–Sin duda, si nos quisieras muertos, ya nos habrías matado –dijo Wilhelm, peleando con sus propias ataduras.

La descortesía de los hermanos hizo que el coronel frunciera aun más el ceño.

–El general Marquis ha requerido su presencia esta noche no para *lastimarlos*, sino para pedirles *asistencia* –explicó el coronel Baton–. Pero si yo fuera ustedes, usaría otro tono para que él no cambie de opinión.

Los hermanos Grimm intercambiaron una mirada nerviosa. El general Jacques du Marquis era uno de los generales más temidos en la Grande Armée del Imperio Francés. Con solo escuchar su nombre, unos escalofríos les recorrían la columna. Pero... ¿qué rayos quería él de ellos?

De pronto, un olor innegable a almizcle inundó la tienda. Los hermanos Grimm se dieron cuenta de que los soldados también lo olían y se pusieron tensos ante él, aunque ninguno lo mencionó.

–No, no, coronel –dijo una voz suave desde el exterior de la tienda chasqueando la lengua–. Esa no es manera de tratar a nuestros invitados –quienquiera que fuera había estado obviamente escuchando todo el tiempo.



El general Marquis ingresó a la tienda por el espacio entre los candelabros, lo que hizo que las llamas parpadearan por la repentina corriente de aire. La tienda se llenó de inmediato con el olor a almizcle de su colonia.

–¿General Jacques du Marquis? –preguntó Jacob.

Para un hombre con una reputación tan intimidante, su físico decepcionaba un poco. Se trataba de un hombre de baja estatura con grandes ojos grises y manos enormes. Llevaba puesto un gran sombrero redondeado que era más ancho que sus hombros, y su uniforme diminuto exhibía muchas medallas de honor. Se quitó el sombrero y lo apoyó sobre el escritorio, dejando al descubierto su cabeza perfectamente calva. Tomó asiento de manera relajada en la gran silla acolchada que estaba detrás del escritorio y colocó con cuidado las manos sobre su estómago.

–Capitán De Lange, teniente Rembert, por favor, desaten a nuestros visitantes –ordenó el general Marquis–. Que estemos viviendo en tiempos hostiles no significa que tengamos que ser poco hospitalarios.

El capitán y el teniente obedecieron. Una sonrisa agradable apareció en el rostro del general, pero eso no engañó a los hermanos Grimm: los ojos de Marquis no mostraban compasión.

–¿Por qué nos ha obligado a venir aquí esta noche? –preguntó Wilhelm–. No somos una amenaza para usted ni para el Imperio Francés.

–¡Somos académicos y escritores! No tenemos nada para ofrecerle –agregó Jacob. El general soltó una risita y después colocó una mano sobre su boca a modo de disculpa.

–Esa es una linda historia, pero yo los conozco –Marquis dijo–. Verán, los he estado observando, hermanos Grimm, y sé



que, al igual que todos sus cuentos, no *son* solo lo que aparentan.
Donnez-moi le livre!

El general chasqueó los dedos y el coronel Baton tomó un libro de gran tamaño del interior del escritorio. Lo soltó con un golpe seco frente al general, quien comenzó a hojear las páginas. Los hermanos Grimm reconocieron el tomo de inmediato: era de ellos.

–¿Les resulta familiar? –preguntó el general Marquis.

–Es una copia de nuestro libro de cuentos para niños –dijo Wilhelm.

–*Oui* –el general no alzó la vista de las páginas–. Soy un gran admirador suyo, hermanos Grimm. Sus historias son tan creativas, tan *merveilleuses*... ¿cómo se les ocurrieron todos esos cuentos?

Los hermanos Grimm se miraron con cautela; aún no estaban seguros de hacia dónde iba el general.

–Solo son cuentos de hadas –afirmó Jacob–. Algunos son originales, pero la mayoría son simplemente historias que se han transmitido de generación en generación.

El general Marquis asentía con lentitud mientras escuchaba.

–Pero ¿*quién* los ha transmitido? –preguntó, y cerró el ejemplar de un golpe. Su sonrisa agradable desapareció y sus ojos grises fulminaban sin cesar a los hermanos.

Ni Wilhelm ni Jacob sabían qué respuesta estaba buscando aquel hombre.

–Las familias, las culturas, los niños, sus padres, las...

–¿Las *hadas*? –preguntó el general con absoluta seriedad, sin mover ni un solo músculo del rostro.

La tienda se sumió en un silencio total. Una vez que el silencio se prolongó durante un tiempo largo e incómodo,



Wilhelm miró a Jacob y ambos se obligaron a reír para restarle importancia a la declaración.

-¿Hadas? –preguntó Wilhelm-. ¿Cree que las hadas nos dieron estas historias?

-Las hadas no existen, general –aseguró Jacob.

El ojo izquierdo del general Marquis comenzó a latir con violencia, lo que sorprendió a los hermanos. El hombre cerró los ojos y masajeó despacio su rostro hasta que los espasmos se detuvieron.

-Perdónenme, hermanos Grimm –se disculpó el general con otra sonrisa falsa-. Mi ojo siempre comienza a latir cuando me *mienten*.

-No estamos mintiendo, general –dijo Jacob-. Pero si nuestros cuentos lo han convencido de lo contrario, entonces nos ha dado el mejor cumplido que...

-¡SILENCIO! –ordenó el general Marquis, y su ojo comenzó a latir de nuevo-. ¡Insultan mi inteligencia, hermanos Grimm! Hemos estado siguiéndolos durante bastante tiempo. ¡Sabemos de la mujer resplandeciente que les entrega las historias!

Los hermanos se quedaron completamente quietos. Sus corazones estaban acelerados, y unas perlas de sudor aparecieron sobre sus frentes. Ambos habían sido fieles al juramento de guardar silencio durante años pero, aun así, el secreto más grande de sus vidas había sido descubierto.

-¿Una *mujer resplandeciente*? –preguntó Wilhelm-. General, ¿escucha lo que está diciendo? Esto es absurdo.

-Mis hombres la vieron con sus propios ojos –aseguró el general Marquis-. Ella tiene un vestido que resplandece como el cielo nocturno, lleva flores blancas en el cabello y una larga varita de cristal... y les trae una historia nueva para sus libros



cada vez que regresa. Pero, ¿de *dónde* viene? Eso es lo que he estado preguntándome. Después de pasar incontables días inspeccionando cada mapa que poseo, debo suponer que proviene de un lugar que no se puede ver en ninguno de mis mapas.

Wilhelm y Jacob movieron la cabeza de lado a lado, intentando con desesperación negar todo lo que él decía. Pero ¿cómo podían negar la verdad?

–Ustedes, los militares, son todos iguales –dijo Jacob–. Ya ha conquistado la mitad del mundo conocido y sin embargo aún quiere *más*, ¡así que inventa cosas en las que creer! Es el Rey Arturo obsesionado con el Santo Grial...

–*Apportez-moi l'oeuf!* –ordenó el general Marquis.

El capitán De Lange y el teniente Rembert salieron de la tienda y regresaron un minuto después acarreando una pesada caja envuelta en cadenas. Colocaron la caja sobre el escritorio, justo frente al general Marquis.

El hombre introdujo la mano en su uniforme y extrajo una llave que traía a salvo alrededor del cuello. Abrió las cadenas y después, la caja. Primero, tomó un par de guantes blancos de seda y se los puso en las manos. Introdujo las manos en lo profundo de la caja y extrajo un huevo gigante hecho del oro más puro que los hermanos jamás habían visto. Era evidente que el huevo dorado no era de ese mundo.

–¿No es la cosa más hermosa que sus ojos han visto? –dijo el general Marquis. Estaba prácticamente en un trance mientras observaba el huevo de oro–. Y creo que esto es solo el comienzo; creo que esto es solo una pequeña muestra de las maravillas que esperan en el mundo del que provienen sus historias, hermanos Grimm. *Y ustedes nos llevarán allí.*



–¡No podemos llevarlos allí! –exclamó Jacob. Intentó ponerse de pie, pero el teniente Rembert lo empujó y lo obligó a volver a sentarse.

–El Hada Madrina, la mujer resplandeciente de la que habla, nos trae historias de su mundo para compartirlas con el nuestro –dijo Wilhelm.

–Ella es la única que puede viajar entre los mundos. Nosotros nunca hemos estado allí y tampoco podemos llevarlos –prosiguió Jacob.

–¿Cómo consiguió el huevo siquiera? –preguntó Wilhelm.

El general Marquis colocó con cuidado el huevo dorado de nuevo dentro de la caja.

–De otro de sus conocidos, la otra mujer que les da historias para compartir. *Apportez-moi le corps de la femme oiseau!*

El coronel Baton salió de la tienda y regresó un momento después jalando de un carro con barrotos construidos a su alrededor. Quitó una sábana que lo cubría y los hermanos Grimm dieron un grito ahogado. Dentro del carro yacía el cuerpo inerte de *Mamá Gansa*.

–¿*Qué le hizo?* –gritó Wilhelm, tratando de ponerse de pie, pero lo obligaron a regresar a su asiento.

–Me temo que la envenenaron en una taberna local –dijo el general Marquis sin remordimiento–. Es muy triste ver cómo una mujer tan llena de vida nos deja, pero los accidentes ocurren. Encontramos el huevo en su posesión. Lo que hace que me pregunte... Si esta *vieja ebria* ha logrado hallar un modo de viajar entre los mundos, tengo mucha confianza en que ustedes dos también podrán hacerlo.

Los hermanos tenían el rostro de un rojo intenso y las aletas de la nariz dilatadas.



-¿Y qué hará una vez que llegue allí? ¿Conquistará el mundo de los cuentos de hadas en nombre del Imperio Francés? -preguntó Wilhelm.

-Pues, sí -declaró el general Marquis, como si ya lo hubiera dejado en claro antes.

-¡Nunca tendrá la más remota posibilidad de lograrlo! -exclamó Jacob-. ¡Ese mundo posee personas y criaturas que no podría imaginar jamás! ¡Personas y criaturas más poderosas de lo que usted jamás será! Su ejército será destruido en cuanto llegue allí.

El general Marquis rio de nuevo.

-Eso es sumamente improbable, hermanos Grimm -el general soltó una risita-. Verán, la Grande Armée está planeando algo muy grande: hay muchos territorios que planeamos conquistar para finales del año próximo. El mundo de los cuentos de hadas es solo una migaja del pastel que queremos. Mientras hablamos, miles y miles de soldados franceses están recibiendo entrenamiento, y formarán el ejército más grandioso que el mundo jamás haya visto. Dudo muchísimo que algo se interponga en nuestro camino: ni egipcios, ni rusos, ni austríacos ni un grupito de hadas y goblins, por supuesto.

-Entonces, ¿qué espera de nosotros? -preguntó desesperado Wilhelm-. ¿Y si no podemos proveerle un portal para llegar a ese otro mundo?

El general sonrió, pero esa vez fue de modo sincero. Sus ojos se llenaron de codicia cuando les contó por fin lo que quería.

-Tienen dos meses para encontrar un modo de ingresar a ese mundo de historias, hermanos Grimm -dijo Marquis.

-Pero, ¿y si no podemos? Como dije, el Hada Madrina es muy misteriosa. Tal vez no la veamos de nuevo nunca más.



El rostro del general cobró una mirada fría y maliciosa.

–*No, no*, hermanos Grimm –dijo él, chasqueando la lengua–. No fallarán, porque el futuro de sus amigos y familiares depende de ustedes. Sé que no querrán decepcionarlos.

Un resoplido bajo inundó la habitación tensa, pero no provino de ninguno de los hermanos Grimm. Jacob miró hacia el carro con barrotes y vio a Mamá Gansa relamiéndose los labios. Para sorpresa de todos los presentes en la tienda, la mujer regresó a la vida como si estuviera despertando de un largo sueño reparador.

–¿Dónde estoy? –preguntó Mamá Gansa. Se incorporó y se frotó la cabeza. Hizo sonar su cuello y soltó un largo bostezo–. Ay, no, ¿España comenzó otra Inquisición? ¿Cuánto tiempo he estado desmayada?

El general se puso de pie con lentitud y sus ojos se abrieron de par en par, desconcertados.

–Pero, ¿cómo es posible? ¡La envenenaron! –dijo en voz baja.

–Bueno, yo no diría que me *envenenaron*... sino más bien que *me sirvieron unas copitas de más* –aseguró Mamá Gansa mientras miraba alrededor de la tienda–. Veamos. Lo último que recuerdo es que estaba en mi taberna favorita de Baviera. El cantinero de ese lugar es muy generoso al servir; se llama Lester, es un hombre dulce y un viejo amigo mío. Siempre dije que llamaría así a mi primer hijo si es que alguna vez tenía uno... ¡*Esperen un segundo!* ¿Jacob? ¿Willy? *Por el nombre de Merlín, ¿qué están haciendo ustedes dos aquí?*

–¡Nos han secuestrado! –explicó Jacob–. Estos hombres planean invadir el mundo de los cuentos de hadas en dos meses. ¡Lastimarán a nuestra familia si no les entregamos un portal!



La mandíbula de Mamá Gansa cayó y su mirada se movió de los hermanos a los soldados una y otra vez. Ya estaba teniendo suficientes problemas para recobrar la conciencia en general, pero esa información hizo que la cabeza le diera vueltas.

–Pero... pero... pero ¿cómo saben ellos...?

–Han estado siguiéndonos –dijo Jacob–, a todos nosotros... ¡Tienen tu huevo de oro! Y tienen un ejército de miles y quieren conquistar el mundo de los cuentos de hadas en nombre de Francia...

–¡Silencio! –ordenó el coronel Baton a los hermanos.

El general Marquis alzó una mano para callar al coronel.

–No, coronel, está bien. Después de todo, ella tampoco querría que algo le sucediera a la familia Grimm.

Él la miró entre los barrotes como si ella fuera un animal. No era la primera vez que Mamá Gansa despertaba en lugares y situaciones peculiares, pero *esa* se llevaba el premio. Ella siempre había temido que el secreto de su mundo fuera descubierto, pero nunca creyó que sería bajo circunstancias tan extremas.

Sus mejillas se tiñeron de un rojo brillante y comenzó a entrar en pánico.

–¡Debo irme! –dijo. Extendió una mano abierta y el huevo de oro flotó directo de la caja hacia el carro donde ella estaba. Y con un destello cegador, Mamá Gansa y el huevo de oro desaparecieron.

Los soldados que estaban en la tienda comenzaron a gritar, pero el general permaneció muy quieto. La determinación en sus ojos crecía mientras observaba el carro en donde Mamá Gansa se había desvanecido; fue la cosa más maravillosa que jamás había presenciado, y había comprobado que todo lo que él perseguía era *real*.



–*Général, quelles sont vos instructions?* –preguntó el coronel Baton, ansioso por saber cuáles serían sus próximas órdenes.

El general miró el suelo mientras decidía.

–*Emmenez-les!* –dijo y señaló a los hermanos Grimm.

Antes de que pudieran reaccionar, los hermanos estaban amordazados de nuevo, con las manos atadas otra vez en la espalda y con los sacos negros sobre la cabeza.

–Dos meses, hermanos Grimm –pronunció el general, incapaz de despegar los ojos del carro–. ¡Encuentren un portal en dos meses o haré que observen cómo asesino personalmente a todos los que aman!

Los hermanos Grimm gimieron debajo de las máscaras. El capitán De Lange y el teniente Rembert los obligaron a ponerse de pie y salir de la tienda. Todo el campamento podía oír sus gemidos amortiguados mientras los empujaban dentro del carruaje y los enviaban hacia el bosque oscuro.

El general Marquis tomó asiento otra vez en su silla. Dejó salir un suspiro satisfactorio mientras sus latidos y su mente incansable se ponían a tono. Sus ojos se posaron en el libro de cuentos de los hermanos Grimm que estaba sobre el escritorio, y una risa suave brotó de su interior. Por primera vez, el mundo de los cuentos de hadas no parecía una cruzada artúrica excesivamente ambiciosa: era una victoria a su alcance.

El general quitó una de las banderitas francesas en miniatura del mapa de Europa y la clavó en la cubierta del libro de cuentos. Quizás los hermanos Grimm tenían razón, quizás el mundo de los cuentos de hadas poseía maravillas inimaginables para él... Pero ahora, podía imaginarlas...

